

Economía industrial. Producción y demanda

Por J. M. JARAMILLO MTZ.

Para el productor de cualquier artículo manufacturado, o de servicios como trasportes, energía eléctrica, una de las primeras investigaciones necesarias es la demanda que existe para lo que él produce, que una vez conocida le permite ajustar la producción a las necesidades de la demanda, para proveer ampliamente a ésta, sin llegar a la superproducción. Necesita, pues, constante vigilancia sobre su equipo de producción y sobre las variaciones de la demanda, que dependen, por una parte de circunstancias que el productor puede controlar como son la calidad de su producto y su fácil adquisición por el consumidor y de otras a las que tiene que someterse, como las condiciones variables del mercado que hacen variar la demanda y no de modo uniforme para todos los consumidores de un mismo artículo, ni para todas las localidades donde se consume.

Para obtener el precio de costo más bajo posible tratará el productor de mantener su equipo trabajando a su máximo de capacidad, pero la relación entre la producción y la demanda no es constante y la capacidad en que está la demanda para absorber la producción total, o la **elasticidad de la demanda**, varía dentro de amplios límites. Al productor le interesa, para mantener su organización en plena actividad, regular su producción, haciéndola constante en número y calidad, en períodos de tiempo más o menos largos. Tendrá, pues, que mantener su equipo en una capacidad de producción que su capacidad, discernimiento y preparación técnica le harán fijar en un punto que le deje, durante las épocas de demanda mínima, almacenar productos que le permitan atender la demanda máxima sin tener que aumentar el equipo. Como puede verse a primera vista, es casi imposible, dada la complejidad de los factores que hay que considerar hallar la magnitud precisa del equipo o lo que pudiera llamarse con propiedad la **unidad de eficiencia máxima**, y entonces lo que parece más aconsejable es tener una par-

te, tan pequeña como sea posible, del equipo como reserva que no trabaja sino en las épocas de máxima demanda. A fin de que el desgaste y la depreciación del equipo fueran uniformes si así se desea, pueden alternarse las unidades de reserva con las que están en trabajo constante, y esto parece conveniente, porque mientras están quietas tales unidades, se revisan, ajustan y reparan de manera que cuando entren de nuevo en actividad, estén en las condiciones de eficiencia máxima. Así en un tiempo que las circunstancias fijas pueden ajustarse y repararse todo el equipo, sin mermar la capacidad normal de producción.

Es, pues, la demanda la que debe regular la producción, y el fabricante puede estimular la demanda, con la alta calidad de su producto y con la manera hábil que tenga para hacerlo llegar al consumidor en el momento oportuno, teniendo presente que el valor de un objeto depende de su **utilidad** y su **rareza** en un momento dado, y que cuando disminuye la oferta aumenta la demanda y al contrario. Es, pues, gran error inundar los mercados con cantidades que forzosamente hacen bajar el artículo.

El precio a que el consumidor pueda obtener un artículo dado tiene, naturalmente, efecto decisivo en la magnitud de la demanda, y el productor tiene que estudiar constante y cuidadosamente la capacidad adquisitiva del consumidor para fijar los tipos de su producto, a fin de que se ajusten a las necesidades y circunstancias del consumo. Error muy grave de algunos fabricantes es querer estimular la demanda por medio de propagandistas poco serios y mendaces que exageran las cualidades del producto que representan, engañando la buena fé de sus clientes. La superproducción que hoy arruina y desmoraliza la generalidad de las industrias tiene a nuestro juicio origen en el olvido casi general en el mundo entero, por desgracia—de que es la demanda la que debe regular la producción y no al contrario. Así como un organismo vivo no puede ingerir y digerir más alimento que el que fijan las pérdidas fisiológicas, el consumo no puede pasar de los límites que le fijan la utilidad del producto y la capacidad adquisitiva del consumidor.

CALIDAD.—Siguiendo la marcha de la fabricación vemos que primero hay que elegir la materia prima, cuya calidad es variable, el producto medio o standard debe tener material medio que asegure al consumo plena satisfacción de la necesidad del cliente de recursos medios. Para mejorar la calidad puede ponerse material selecto con mano de obra media; material medio con mano de obra selecta o material y mano de obra selectos, para obtener cali-

dad extra. El material selecto asegura mayor duración al consumo que tiene que someter el artículo a esfuerzos mayores que el común, pero que no se preocupa por acabado más perfecto. La mano de obra selecta da al producto líneas más precisas y armonía de conjunto. Lo consume la clientela que puede pagar belleza y elegancia, pero a precio poco mayor que el medio y la calidad extra con material y obra de mano selectos son para el consumo refinado y de grandes recursos, en general. Pero como la alta calidad tiene tanto atractivo, con frecuencia se encuentran consumidores de recursos medios que pagan altos precios por artículo muy fino al que con uso muy cuidadoso hacen durar mucho más de lo que duraría por lo fino el material y la mano de obra muy esmerada, en uso ordinario.

Estimular el consumo de las altas calidades con mutuo beneficio del consumidor y el productor debe ser constante preocupación del productor enseñando al consumo a cuidar el artículo, adquiriendo así clientela inteligente y segura, más bien que tratar de venderle muchas unidades de producto inferior, cuyo consumo resulta caro por su poca duración.

Como las altas calidades al fin obtienen supremacía es labor constructiva formar clientela para su consumo, ilustrando la clientela ordinaria con sólidos y convenientes argumentos, a fin de que ensaye inteligentemente el artículo selecto, y el buen resultado acabará de conquistarla.

“La Universidad se ha convertido en un cuerpo cuyos miembros se ocupan, respectivamente, no en estudiar, sino en examinar, o ser examinados, con los necesarios intervalos para prepararse a ello y para olvidarlo todo, cuando pasa. El atiborramiento cuantitativo de pormenores organizados reemplaza a la dirección científica y pedagógica del maestro para los estudios personales del discípulo, que es la obra de enseñanza universitaria”. (Freeman).

“Los exámenes no dan exacta medida de la inteligencia del alumno, y a menudo, ni siquiera de sus conocimientos; son perniciosos para su bienestar intelectual, moral y físico y la causa de cierta cantidad de inmoralidad, en varias formas, por parte de discípulos y maestros”. (C. Grasby).